

DESDE NUEVA YORK

ENCUENTROS CON "YO LA TENGO"



Un reciente concierto de esta conocida banda de New Jersey, un grupo que se rige solo por sus propias reglas musicales y artísticas, hizo que el autor de este artículo reflexionara sobre algunos memorables encuentros con sus miembros.

Por: José Manuel Simián

Si tienes la suerte de haber vivido un tiempo en Nueva York y te gusta la música, es difícil que tu camino no se haya cruzado con el de "Yo La Tengo". No solo porque la banda formada en Hoboken, New Jersey—ahí, justo al frente del Bajo Manhattan, tan cerca que pareciera que puedes alcanzarlo de un pedrazo— en 1984 es una institución de la música independiente, una agrupación que nunca deja de tocar en vivo ni de inventar proyectos (lo mismo pueden presentarse en un club de Brooklyn con la música de sus álbumes originales y de covers, tocar en vivo la banda

sonora de un documental en un parque, cantarle a Estados Unidos un 4 de julio en Battery Park, o hacer shows de beneficio para una radio local, improvisando las canciones que pidan los radioescuchas al aire). Pero más que eso, si pensamos en bandas que hayan logrado hacer realidad el ethos de la música independiente—ambición creativa sin límites y a bajo costo, llevar el rock a un nivel de referencias metamusicales y metaliterarias, romper la barrera de jets privados y millones en el banco que separaba al rockstar de sus fans—, pocos han llegado tan alto como el trío compuesto por el matrimonio de Ira Kaplan (voz y guitarra) y Georgia Hubley (voz y batería),

más James McNew (voz y bajo).

Los mejores cruces con "Yo La Tengo" son los menos esperados. Un día puedes estar viendo al inefable cantautor (y ex líder de los "Modern Lovers") Jonathan Richman y darte vuelta, y descubrir que Ira Kaplan está parado junto a ti, escuchando esas canciones perfectamente profundas e infantiles, absorbiéndolo todo como un niño en un día de sol (de hecho, con sus jeans crecedores, sus zapatillas Converse y sus camisetas a rayas, siempre parece un poco alguien camino de la adultez y no un músico consagrado de 60 años); o sentir que "Yo La Tengo" es como una familia al ver a Ira y Georgia apoyando desde el público a "Sloppy Heads", una banda producida por James y que lanzaba su nuevo disco teloneando a los titanes del country lacónico Lambchop. Y si los has visto de intérpretes o espectadores y te has acercado a conversar con ellos, la historia—pregúntale a quién quieras— es siempre la misma: la humildad infinita, las ganas de seguir absorbiendo y creando música, la alegría de que esas grabaciones y conciertos te hayan cambiado un poco la vida.

La mayor prueba de esa actitud completamente opuesta al divismo del rockstar me sucedió en





el más impensado de los encuentros con “Yo La Tengo”: hace unos años, corría por Montauk—la playa ubicada en el extremo este de Long Island—cuando, en un sendero que rodeaba a un lagoy por el que no pasaba nadie, me topé a Georgia e Ira. No llevaban guitarras ni nada parecido, sino una bolsa plástica y una mochila: estaban recogiendo basura, limpiando el planeta con sus manos sin tener la necesidad de contárselo a nadie. Sin hacer ruido.

Esa misma humildad que trae a “Yo La Tengo” tan cerca de la tierra que a veces crea la falsa ilusión de que cualquiera podría ser un genio del indie como ellos (rasgo que algunos de los grandes artistas comparten con los grandes deportistas), se disipa cuando pones atención a lo que hacen en vivo. Así fue el pasado 17 de julio, cuando el trío se presentó en el escenario SummerStage del Central Park de Manhattan, mientras el sol caía sobre una de esas tardes del verano neoyorquino en que la música parece reverberar en la humedad sofocante.

Abrieron el show, precisamente, con una referencia a la ciudad que tanto aman, un cover jugueteón de “New York Groove” de Ace Frehley cantado por James, para luego entrar en materia con una versión ruidosa y eterna de “Pass the

Hatchet, I Think I’m Goodkind”. En ese tema casi enteramente instrumental, “Yo La Tengo” hizo algo que solo las grandes bandas pueden: realizar, simultáneamente una declaración de principios y una interpretación única e irrepetible que expandía los límites de su propia música. Durante largos minutos, apoyado por la batería persistente de Georgia y un riff de bajo sólido como una muralla de James, Ira realizó un solo arriesgado y expansivo, un solo que pasaba de las melodías y los acordes de dos notas al ruido más absoluto, al estudio del feedback y la tortura de la guitarra eléctrica como una de las bellas artes. Ira aporreando las cuerdas y el cuerpo de su Fender Stratocaster rubia como si le fuera a sacar la última gota de cerveza, para luego arrodillarse con ella frente al amplificador, acoplándola como los espejos infinitos de un ascensor, para luego ponerla encima de ese mismo amplificador y seguir haciendo que sus rugidos floten sobre el bajo y la batería y la humedad. Y cuando ya la ha desafinado lo suficiente, le pasan otra, una Jaguar roja, para continuar haciendo lo mismo hasta que todos hemos perdido la noción del tiempo y estamos dentro de su mundo, un mundo donde todos estos gestos y ruidos y virtuosismo no son pirotecnia

sino parte de una búsqueda infinita y gratuita.

En una banda o un concierto cualquiera, ese clímax y esa declaración de principios hubiesen llegado al final del show, en un momento perfectamente calculado, pero “Yo La Tengo” puede tirar las reglas por la ventana y partir por el final, para que el concierto decrezca en intensidad y transite por terrenos mucho más frágiles, como “All Your Secrets” o “I’ll Be Around”, y entre medio darse un momento para la nostalgia al recordar que esa noche se cumplen 26 años desde que debutara con ellos James McNew, sobre ese mismo escenario, consolidando la formación definitiva el trío.

Y entre más incursiones en el ruido y la delicadeza, luego de alternarse los instrumentos, y que Georgia cantara y James tocara guitarra y Ira el órgano, llegó el final más delicado posible: para el último “encore”, revivieron una de las tradiciones de sus legendarios y siempre sorprendidos shows de Hanukkah en Hoboken, y Ira llamó al escenario a su madre (“¡Su debut en Central Park!”) para cantar su cover de la vieja “My Little Corner of the World” y cerrar el concierto como si su música se disolviera en la noche y ellos simplemente siguieran su camino, a encontrar otras cosas. // @revistacosas